

EL SANTO NOMBRE DE MARÍA

DÍA CUATRO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Nomen virginis Maria.

Luc., I, 27.

Benedicta es tu, filia, à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram.

Benedictus Dominus, qui creavit cœlum et terram, qui te direxit in vulnera capitis principis inimicorum nostrorum:

Quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum.

Judith., XIII, 23-25.

Sumpsit ergo Maria prophetissa, soror Aaron, tympanum in manu sua: egressæque sunt omnes mulieres post eam cum tympanis et choris.

Quibus præcinebat dicens: Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est; equum et ascensorem ejus dejecit in mare.

Exod., XV, 20-21.

Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi,

Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum, erisque benedictus.

Benedicam benedicientibus tibi, et maledicam maledicentibus tibi, atque IN TE benedicentur universe cognationes terræ.

Genes., XII, 1-3.

Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub cœlo est. Nominabitur enim tibi nomen tuum à Deo in sempiternum.

Baruch, V, 3-4.

Decora facta es vehementer nimis: et profecisti in regnum. Et egressum est nomen tuum in gentes propter speciem tuam: quia perfecta eras in decore meo, quem posueram super te, dicit Dominus Deus.

Ezech., XVI, 13-14.

Vocabitur tibi nomen novum, quod os Domini nominabit. Et eris corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui.

Isai., LXII, 2-3.

Confitemur tibi et laudamus nomen tuum inclytum.

I. Paralip., XXIX, 13.

Mirati sunt nimis pulchritudinem ejus..... dicentes: Deus Patrum nostrorum det tibi gratiam et gloriatur super te, et sit nomen tuum in numero sanctorum et justorum.

Judith., X, 7-8.

Benefecit Deus qui misit te ante populum, et tu magna eris, et nomen tuum nominabitur in universa terra.

Id., XI 20-21.

Benedicta tu à Deo tuo in omni tabernaculo Jacob, quoniam in omni gente, quæ audierit nomen tuum, magnificabitur super te Deus Israel.

Id., XIII, 31.

Et nunc hæc dicit Dominus creans te, et formans te: Noli timere..... quia vocavi te nomine tuo.

Isai., XLIII, 1.

Nomen tuum invocatum est super nos, ne derelinquas nos.

Jerem., XIV, 9.

Exaltate et invocate nomen ejus.

Judith., XVI, 2.

Nonne mater ejus dicitur Maria?

Matth., XIII, 55.

Favus distillans labia tua, sponsa, mel et lac sub lingua tua: et odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris.

Cant., IV, 11.

Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.

Cantic., II, 14.

En dilectus meus loquitur mihi.

Id., II, 10.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. La bienaventurada Ana, al dar á luz á María, vino á ser la madre del cielo y del trono de los querubines; porque en efecto, el nombre de esta niña significa cielo, templo y trono. Quiere decir también señora y esperanza. La esposa de Joaquín dió á luz una reina que es la esperanza del género humano, es decir, á Jesucristo. El nombre de María significa también myrra del mar. Y es efectivamente la myrra que preserva de toda corrupción, porque debe ser la madre de la perla inmortal que está en el seno del mar, es decir, en el centro del mundo. Este mar es el universo entero al que ha dado María calma y serenidad dándonos á Jesucristo, que es puerto seguro de salvación.—(*S. Epiph. episcop. de Laud. B. M. V.*)

II. El nombre de María significa también «iluminada.» Efectivamente, brilla con el rayo de la divinidad que sobre ella refleja Jesucristo; y María á su vez ilumina á

todos los creyentes hasta los confines de la tierra. Esta niña que se llama María es la esposa de la Santísima Trinidad y el tesoro oculto de la libertad de Dios. Gabriel le dijo: «Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo.» Y luego añadió: «Y el Padre ha enviado desde el cielo su santo Espíritu, á quien ha encomendado una obra importante: ha preparado una madre para su Hijo único, una virgen para un esposo celestial. El Padre la ha amado, el Hijo ha habitado en ella y el Espíritu Santo la ha cubierto con su sombra.» (*Ibid.*)

III. El nombre de la Virgen nos demuestra su dignidad, porque María quiere decir señora. (*S. P. Chrysol. serm. 142.*)

IV. El nombre de María tiene de particular que quiere decir: Dios de mi raza. (*S. Ambr. I. de Inst. Virg.*)

V. En verdad que ha venido á ser la Señora de todas las criaturas, puesto que ha sido escogida para ser la madre del Criador de todas las cosas. (*S. Juan Damasc. Serm. 4. de Fide.*)

VI. Sea el nombre de la madre de Dios el último que pronuncie mi boca para que lo tenga yo en mis labios como un ramo de olivo, y que vuele yo de este mundo para descansar en el cielo. (*S. Germ. Constantinopol. orat. 6. in Am. B. M. V.*)

VII. Más veces nos vemos socorridos invocando el nombre de María, que el de Jesús. (*S. Ansel. lib. de Excellent. Virgin.*)

VIII. Dichoso el que ama tu nombre, ¡oh Virgen María! Tu gracia fortalecerá su alma y producirá frutos como un jardín que mantienen siempre fresco los manantiales de agua pura. (*San Bonavent. in Salt. B. M. V.*)

IX. El nombre de María quiere decir estrella del mar y conviene admirablemente á la madre de Dios. (*Bernard. hom. 2. sup. Missus est.*)

X. En los peligros, en las angustias y en las dudas,

pensad en María, invocad á María; que su nombre esté siempre en vuestros labios, que repose siempre en vuestro corazón. (*Id. ibid.*)

XI. ¡Cómo podríamos alabar dignamente á la que es tan digna de nuestros homenajes, hasta por su nombre que recibió, no de los hombres, sino de Dios mismo, como una significación de lo que debía ser más tarde! (*Am-bros. I. de Virgin.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Es un nombre de poder.

Es un nombre de protección.

I. Es un nombre de poder.

María significa en lengua siríaca, señora, ama, soberana. No podía tener la madre de Dios un nombre que más le conviniese que el de María, dice San Bernardo; porque ninguno expresa mejor su excelencia, su grandeza y su dignidad.

Este nombre encierra tanto encanto, que cuando se pronuncia el cielo se regocija; *Ut cælum rideat*, é inspira en la tierra una veneración tal, que cuando se pronuncia desaparece todo enfado. *Ut terra lætetur*.

Este nombre tiene tan poderoso atractivo, que los ángeles se estremecen de alegría cuando se pronuncia entre sus cánticos. *Angeli congaudeant*.

La Santísima Trinidad fué quien dió á María este nombre. Cuando se pronuncia se doblan todas las rodillas en el cielo, en la tierra y en los infiernos. *Dedit tibi, Maria, tota Trinitas hoc nomen, ut in nomine hoc omne genuflectetur cælestium, terrestrium et infernorum.*

II. Es un nombre de protección.

El nombre de María significa «estrella del mar.»

Los desgraciados hallan poca protección en la tierra, y si la encuentran, siempre carece de algo para ser eficaz; ó les falta crédito ó no trabajan con confianza.

No sucede lo propio en la protección de María. Es tan poderoso el corazón de María sobre el de su divino Hijo, que puede protegernos. *Omnipotentia suplex*.

María quiere protegernos y socorrernos, porque es nuestra madre y nuestra abogada.

Pobres pasajeros en el mar borrascoso del mundo, levantemos nuestros ojos á esa estrella.

María es la estrella de la esperanza, cuando el desaliento se apodera de nosotros en vista de nuestros numerosos pecados: *Respice stellam voca Mariam*.

Es una estrella tutelar, cuando nuestra alma se halla sumergida por la ola de las tentaciones: *Respice stellam*.

Es una estrella que nos regocija, cuando la tristeza y los pesares se apoderan de nuestro corazón: *Respice stellam, voca Mariam*.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. En medio del pasmo y admiración en que estaban las inteligencias supremas, en vista de la obra proyectada de la redención, Dios hizo brotar del tesoro de su divinidad el nombre de María y anunció que había decretado que todo se obraría "por ella, en ella y con ella;" porque, así como nada ha sido hecho sin El, nada podía rehabilitarse sin ella. Y mandó un mensaje á Gabriel que contenía la Salutación á la Virgen, la Encarnación del Redentor, la plenitud de la gracia, la grandeza de la gloria y el gozo infinito.—(*San Pedro Damiano, sermón sobre la Anunciación de María*).

II. Hablemos de este nombre maravilloso que significa estrella del mar y que tanto se acomoda á la Virgen María. Con efecto se compara á María con las estrellas del cielo, porque despide sus rayos sin que nada mengüe el foco de su luz, así como da á luz á su divino Hijo sin menoscabo de su virginidad. Con toda verdad se puede decir, por lo tanto, que es la verdadera estrella de Jacob, que iluminaba al mundo entero y cuyo esplendor se reflejaba en los altos cielos y penetraba en los infiernos, alum-

brando apaciblemente la tierra para encender las almas más bien que los cuerpos, fecundizar las virtudes y aniquilar los vicios. María es la estrella espléndida y brillante que está colocada sobre el mar inmenso del mundo, admirándonos con su radiante hermosura é inundándonos con la luz de sus virtudes.

Quien quiera que séais los que me oís, si en las horas borrascosas de la vida sentís arrastrada vuestra alma por la tempestad de las pasiones, volved los ojos á ese astro bienhechor que os ilumina en medio de la noche en que estáis envueltos. Cuando el huracán sople más recio, y las tribulaciones quieran sumergeros, contemplad la estrella é invocad á María.— (*San Bernardo, tom. II, sup. Missus est.*)

III. En Israel se daba á los niños, en una reunión de familia, el noveno día de su nacimiento, el nombre que debían llevar en la tierra. La hija de Joaquín recibió de su padre el nombre de *Miriam* (María) que traducido al siríaco significa "señora, ama y soberana" y en hebreo "estrella del mar."

Este nombre divino encierra un encanto poderoso y es tan maravillosamente dulce, que el corazón se enternece sólo con pronunciarle, y al escribirle la pluma se regocija. "El nombre de María, dice San Antonio de Padua, es más dulce á los labios que la miel, más grato al oído que un canto armonioso, más agradable al corazón que la alegría más pura."— (*Orsini, la Virgen.*)

IV. Nada notable nos dice el Evangelio respecto á la natividad é infancia de la Santísima Virgen. Nos dice simplemente que se llama María, que era esposa de José y que había dado á luz á Jesús. *Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.*

Lo más notable del silencio del Evangelio acerca de este asunto, es que las dos genealogías que se dan en él de Jesucristo, proceden, ya en línea ascendente, ya en la descendente, de José, padre putativo de Jesucristo, y evitan el que se haga mención del parentesco propio de la Santísima Virgen. Por el Evangelio, pues, sabemos quiénes eran los antepasados de José, mas no sabemos cuáles eran los de la Virgen; lo que es tanto menos natural, en las genealogías de Jesucristo, cuanto que Jesucristo no recibió la sangre de sus abuelos sino por María.

Por otra parte, cuanto más mantiene el Evangelio en la oscuridad la filiación de María, tanto más hace resaltar su maternidad, pues pasando por encima de lo que se relaciona con su nacimiento y educación, tan pronto como nos habla de ella, nos dice que es madre. Nos habla de la madre al mismo tiempo que del Hijo, y no se oía hablar de María cuando tampoco se hablaba de Jesús: *Mariæ de qua natus est Jesus.*

Tal es el sentimiento que despierta y despertará siempre el nombre dulce, puro, santo y gracioso de María, el más extendido y menos común de todos, que se presta y no se da jamás á las que lo llevan, porque es propio de la Virgen que lo ha santificado y vuelve siempre á ella puro, como vuelven los rayos á la estrella que los despiende.

* Tal es la significación del nombre inefable de María; "estrella," estrella del mar, estrella matutina, imagen delicada de la venida de María

al mundo. Esta es la estrella cuya aurora predijo Balaam quince siglos antes, cuando profetizando el dominio universal del Mesías, dijo: "Yo le veré, pero no ahora; le miraré, pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob y se levantará un cetro en Israel. Herirá á los príncipes de Moab y reinará sobre todos los hijos de Seth." Profecía que los antiguos hebreos aplicaban unánimemente al Mesías; que, según cuenta Josefo, preocupaba á todos los de su nación en la época de Jesucristo, y que, según el mismo historiador y el Talmud, favoreció el éxito pasajero del falso Mesías Baskochebas porque este nombre significa "Hijo de la estrella."

La estrella cuyo verdadero Hijo reina desde hace diez y ocho siglos sobre todos los hijos de Seth, María, al levantarse sobre el horizonte de este mundo, ha sido como el alba de la mañana de la verdad, el lumínar de la fe esparcido en el mundo por Jesucristo, como lo dice en sus cánticos la Iglesia: *Quæ lumen æternam mundo effudit Jesum Christum.* Ha sido como la aurora del sol de justicia, que ha esclarecido las sombras de la ley, iluminando el cielo con los primeros fuegos de la gracia, y por esto la saluda la Iglesia con estas palabras: *Quæ progreditur quasi aurora consurgens.* Imagen bellísima que se aplica á María con toda verdad y expresa su grandeza y su pureza mejor que las frías imágenes de la poesía, porque así como al brillar la aurora brotan de su seno los primeros rayos del sol, así también no aparece en el Evangelio María sino en inmediata relación con Jesús, *luz del mundo*, que nace de ella: *Mariæ de qua natus est Jesus.* Semejante es por su virginidad á la aurora que nada pierde de su pureza ni de su belleza por dar á luz al rey de los astros y ser la madre del día. Este simbolismo de la aurora conviene á María como una expresión de la verdad que domina el asunto que nos ocupa.— (*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. VI.*)

V. Por un favor especial de Dios, Ana, esposa de Joaquín, se salvó del oprobio de la esterilidad. Concibió y dió á luz á una niña á la cual se dió el nombre de María, según la orden que para dárselo recibieron de un ángel sus padres.— (*San Jer. Sem. de Nat. B. M. V.*)

VI. El nombre de María significa señora, soberana y reina. ¡Cuánto conviene este nombre á la dulce soberana, á la que gustosos llamamos Reina de misericordia! El nombre de reina le conviene mucho más que el de emperatriz, aunque el nombre de María indica por sí mismo la elevación y la superioridad. El nombre de emperatriz inspira cierto sentimiento de temor, pues lleva consigo un fondo de severidad que hace temblar las rodillas de miedo. El nombre de reina es más dulce y suave. Por esto es por lo que en todas las páginas de la santa Escritura no se ve sino alguna vez el nombre de emperador aplicado á Dios; pero si se le da siempre el nombre de rey, porque es un nombre que respira majestad. Más grato no es llamar á María reina de misericordia, que darle el nombre de soberana de las soberanas, ó reina de las reinas, ó diosa de las diosas. Estos nombres suenan agradablemente á los oídos de los grandes que se dejan deslumbrar por todo lo que significa excelencia y superioridad, pero que solamente sirven para intimidar á los pequeños. ¿No es verdad que si por ejemplo se la llamase diosa de las diosas, no nos haríamos debida-

mente cargo de que es la reina de los pobres pecadores? ¿Cómo podríamos figurárnosla también como reina de la paz y del amor, cuando se dan esos nombres pomposos á una parte de los habitantes de su reino?

Creo que le conviene mucho más el título de Reina de misericordia, que el de reina del poder y de la sabiduría, porque ésta supone poder y el poder no supone sabiduría, mientras que la misericordia supone poder y sabiduría, y no recíprocamente, de lo que se deduce que la misericordia encierra una y otro. Añadiré que tampoco debe llamársela reina de la gloria, porque la verdadera gloria está en el cielo y no en la tierra, así como tampoco está en los infiernos ni en el purgatorio, siendo así que la misericordia está en todas partes. El reino de la misericordia es, pues, más extenso que el de la gloria. Por esto se llama justamente á María reina de misericordia.—(*San Bernardo de Sena, sermón de Nativit. B. M. V.*)

ARTÍCULO V

PLÁTICA IV

EL CULTO DE MARÍA Y LA TRADICIÓN

En nuestras pláticas anteriores hemos hablado de la razón, de la Escritura y de la teología, ó sea de la Iglesia, en sus relaciones con el culto de María. Todo responde contra los impíos y los cristianos tibios según los deseos de nuestra fe, y todo proclama con nosotros la necesidad de este culto. Para que no quede en pie ninguna duda, contestaremos las objeciones que se hacen y demostraremos que no es el culto de María una nueva semilla sembrada en el campo de nuestras creencias, mucho tiempo después de los siglos apostólicos, sino que germinó en la edad media y se ha desarrollado frondoso en nuestros tiempos.

Si otro testimonio no hubiese, tendríamos la autoridad de la Iglesia, y nos bastaría. En ella está ahora el espíritu de Dios como en el principio: «Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» No

puede, por lo tanto, equivocarse. Téngase presente además que la Iglesia nunca inventa nuevos dogmas ni impone nuevas creencias. Si el culto de María no se hubiese practicado en todos los siglos, no lo fomentaría hoy, pues ella no hace sino dar brillo á las costumbres que ha heredado de otros tiempos:

«Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada; decía María profetizando en el tiempo. Sus palabras infalibles como las de Dios, se realizaron en las dos edades, en la pasada y en la futura. No nos entretendremos en citar las páginas de la antigua Biblia que hablan en honor de María y que muchos de vosotros sabréis. Mas si me permitiréis, y será esto nuevo para vosotros, que os invite á registrar las de la historia profana del mundo pagano, para que os hagáis cargo del lugar que ocupaba María en la mente de aquellas gentes. Tened en cuenta que lo que voy á deciros no será una suposición mía, sino el relato de un sabio que vivió al comenzar una de las grandes épocas del cristianismo y conoció familiarmente las creencias paganas. Llamábase Clemente de Alejandría: «Dios, padre de todos los hombres, dice, nunca dejó de mandarles, aun en medio de la oscuridad en que por su voluntad se sumergieron, rayos de luz capaces de hacerles ver la verdad.» (*Strom. 6.*) En los libros sibílinos colocados por Augusto en unos cofres de oro y guardados en el monte Palatino bajo una estatua de Apolo, se hallan grabados el nombre y las alabanzas de María. No es menos significativa la célebre respuesta del oráculo de Delfos al jefe de los Argonautas. «¿A quién dedicaré mi templo de Atenas? pregunta Jasson.—Y Apolo le contesta:—Hay un sólo Dios que reina allá arriba, cuyo Verbo encarnado concibió en el seno de una Virgen purísima y pasando por el mundo como un arco de fuego, se llevará á los hombres para hacer un presente á su padre; se le dedicará su templo y su madre tendrá por

nombre María. «Los atenienses, malos intérpretes de esta profecía, consagraron su templo á Minerva; pero el emperador Zenón satisfizo el oráculo, arrojando del templo á los ídolos y colocando en su lugar á María, á la madre inmaculada del Salvador del mundo. Si de Roma y Atenas nos trasladamos á Egipto, foco de la civilización antigua, veremos que en tiempo de los últimos Ptolomeos existía ya un cuadro representando á una Virgen que oraba ante un pesebre en el que dormía un niño recién nacido. Según la historia, los sacerdotes egipcios conservaban de esta manera la promesa que les hizo Jeremías cuando estaba fugitivo en Egipto, acerca de la venida de la *virgen madre*.

La vieja Galia, futura tierra clásica de la devoción á María, no fué una de las más tardías en dar señales de esta creencia. La historia menciona el altar levantado por los druidas en el territorio de Chartres, á la Virgen que debía parir. *Virgini pariturae*. San Potenciano, el enviado de San Pedro, la encontró todavía en pie, y valiéndose de él como en otro tiempo Procopio del oráculo de Delfos que hemos mencionado, lo tomó como texto para un discurso que convirtió á los druidas y permitió al apóstol convertir aquel antro de Chartres en una capilla católica dedicada á María. Podríamos añadir á lo dicho una porción de noticias curiosas debidas á sabios investigadores, y que prueban que María ocupa un lugar en la tradición de los pueblos paganos anteriormente á su nacimiento; pero nos conformamos con lo mencionado, porque queremos hablaros de la tradición cristiana.

Dicen los enemigos del culto de María que en el primer siglo no tuvo culto público. Si sólo se entiende por culto público la erección de santuarios y la formación de confraternidades en honor suyo, así como la reunión de jóvenes de uno y otro sexo que llevan cierta señal que les distingue con el nombre de hijos de María, confesamos

que no existía entonces este culto. Mas tampoco existía la Eucaristía, el adorable misterio de nuestros altares, ni se mostraba en público, ni recibía los honores y la adoración que se le tributa hoy. ¿Y qué tiene esto de particular? Los sacerdotes temían las profanaciones sacrílegas que pudieran hacer contra Jesús y contra su Madre, la tenaz idolatría de los paganos muy recientemente convertidos. Todavía hubieran podido los neófitos adorar á María como á una de sus antiguas diosas y caer en el error todo pagano de los coliridianos, condenado por la Iglesia. Téngase presente que los siglos á que se refieren eran los siglos de los mártires. Los cristianos debían ocultar su culto á la luz del día y sepultarlo en el seno de las catacumbas. Pero ¿no están trazados en aquellas hondas paredes, por mano de San Lucas, los principales rasgos de la vida terrestre de María? ¿No se recitaba en aquellos profundos corredores el símbolo de los apóstoles y no se alababa el nombre y la gloria de la Virgen Madre, cuyo nombre resonaba juntamente con el nombre y la gloria de su Hijo? ¿Desconocían acaso la liturgia de Santiago, establecida en honor de María?

Cuando los primeros doctores de la Iglesia salían de las catacumbas, en tiempo de su lucha contra los primeros herejes, saludaban á nuestra Reina, dándole los títulos más gloriosos. Tertuliano dijo que ella era la reparadora de todo lo que Eva había destruido. San Cipriano la llama sin mancha y madre llena de gracias. Gregorio el taumaturgo invita al cielo y á la tierra á venerarla y tributarla el culto que le es debido. Los padres del siglo cuarto entonan alabanzas en honor suyo; y la prueba mayor que puede darse de la creciente popularidad de María desde los tiempos de que hablamos, la ofrece el concilio de Efeso, donde doscientos obispos se reunen contra Nestorio, que se atreve á negar á María el nombre de Madre de Dios. San Cirilo pronunció en la cátedra del

concilio un panegírico de María con una elocuencia que nadie ha sobrepujado todavía, y fué el intérprete de la indignación pública. Los doscientos obispos y los legados del Papa que se hallaban presentes aplaudieron entusiasmados; y el pueblo, que esperaba impaciente fuera del concilio, al salir los obispos les llevó en triunfo. Por la noche se iluminaron las casas de la ciudad como en los días de victoria, y el sagrado nombre de María corría de boca en boca. Este fué el punto de partida del desarrollo colosal que obtuvo el culto de María, del que somos hoy y seremos cada vez más los orgullosos continuadores.—
ASÍ SEA.

PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO

DÍA CINCO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.

Psal., XLIV, 11.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., V, 1.

Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.

Psal., CXXI, 1.

Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.

Hebr., X, 9.

Holocantomata non tibi placuerunt, tunc dixi: Ecce venio.

Ibid., X, 6-7.